

EDITORIAL

P. Ignacio Madera Vargas, sds
Presidente de la CLAR



El Concilio Vaticano II y las lecturas que del mismo hicieron las conferencias episcopales de Medellín, Puebla y Santo Domingo, fueron momentos singulares en la historia de la vida religiosa latinoamericana y caribeña. Una de las acciones más sugestivas, que se gestaron a partir de toda la fuerza renovadora que ello ha conllevado, ha sido la inserción de la Vida Religiosa entre los más pobres. Lo que algunos han denominado “éxodo de la Vida Religiosa hacia los pobres”, merece ser interpretado desde el hoy, desde el sentido mayor que da el paso del tiempo y la serena seriedad crítica de quienes analizan, en función de construir un mejor porvenir.

Muchos religiosos, sobretodo religiosas, han pasado ya la mayor parte de sus vidas entre los más pobres. Se han mantenido firmes en la esperanza, alimentados y alimentadas por la fuerza y la tenacidad que brotan de las luchas y del sufrimiento de los humildes. Han curtido la vida con las dificultades que han tenido que vivir; y allí siguen, manteniendo la búsqueda; porque mientras existan pobres en este mundo de Dios, la Vida Religiosa seguirá siendo llamada a tomar en serio el verificar, en la experiencia cotidiana, que la opción por los pobres y excluidos, es parte de la fe cristológica.

Me llena de intensa emoción el visitar religiosas o religiosos de 75 o más años que siguen en las barriadas y favelas, en los tugurios y pueblos jóvenes de este continente, participando en los clubes de madres, en las comunidades eclesiales de base, en el diálogo libre y suelto con pandilleros y atracadores, obreros y desempleados. Ellas y ellos continúan siendo la presencia palpitante de Dios en la pequeña casa -o incluso el monasterio, porque los hay- que es lugar de oración, de encuentro fraternal, de lectura orante de la escritura, de discusión de los asuntos que afectan a todos, de análisis de la realidad de la ciudad, del barrio, del país.

Reflexionar con mirada crítica que no busca acusar ni ofender a nadie, denigrar o minusvalorar, sino recuperar la memoria para que las nuevas generaciones de religiosos y religiosas, que no han vivido muchos procesos del pasado -porque se constituyen como generaciones posteriores al Concilio, e incluso a Medellín-, sepan valorar con seriedad, el testimonio sin par de sus mayores. En la experiencia de lectura del carisma a la luz de las situaciones del tiempo presente y de los signos que la Iglesia nos ha pedido leer como luga-

.....

res desde los cuales Dios grita y ha esperado de la Vida Religiosa una respuesta decidida y clara, la inserción entre los pobres, ocupa un sitio de privilegio.

Y estimular el continuar en esta dinámica, porque el tiempo apremia y las situaciones son cada día más complejas, porque las mismas dificultades vividas señalan nuevos derroteros, nuevas maneras de situarse, nuevas formas de comunión y aproximación en la amistad y el aprecio al interior de la Santa Iglesia. Porque, después de Aparecida, la Vida Religiosa sigue siendo llamada a reconocerse como discípula y misionera, como enviada a continuar su presencia místico-profética al servicio de la vida, sobretodo allí donde la vida sigue siendo amenazada en niños, jóvenes, familias, ancianos. Como discípula, debe mantenerse a la escucha del Maestro y como enviada, debe reconocer lo tortuoso de los caminos de la misión, para salir alegremente como los primeros, a anunciar que el Reino está allí y es necesario empezarlo a ver.

La inserción entre los pobres ha conllevado una manera diversa de situarse frente a la pobreza y a los mismos pobres. Tarea no siempre fácil y sobre la cual no siempre hemos logrado tener el tino para valorar, juzgar y decidir. Pero, algo sí ha sido cierto: con mucha pasión por la humanidad, con un deseo inmenso de no seguir de largo dejando al despojado a la vera del camino, con actitud samaritana, la Vida Religiosa, más allá de las ambigüedades y los errores, ha sido grande en su presencia místico-profética entre los pobres de este continente. Grandeza que no tiene su soporte en el reconocimiento y los elogios sino en la gratuidad de lo pequeño que es hermoso, de lo frágil que se hace fuerte, como tantos y tantas de la Santa Escritura que han avergonzado a los fuertes y poderosos, porque el Señor ha contemplado la humildad y Santo es su nombre, nos señala con graciosa cadencia el canto de María, la humilde esclava del Señor.

Y las nuevas pobreza y los sujetos emergentes están pidiendo igualmente continuar estimulando este “éxodo hacia los pobres,” que no significa negarse a los compromisos que tradicionalmente hemos asumido en las iglesias particulares, sino situarnos desde el carácter de atención a las fronteras, propio del testimonio de nuestros santos y santas fundadores y fundadoras. Las comunidades afrodescendientes, indígenas y campesinas, los dependientes químicos, los portadores de VIH, los ancianos abandonados, las mujeres, niños y niñas prostituidos, los migrantes, los desempleados. Todas estas así denominadas nuevas pobreza, llaman a las puertas de la Vida Religiosa institucional y de la Vida Religiosa inserta en los sectores populares, para señalar la necesaria presencia ahí, en medio de y con, para desde allí, continuar celebrando la vida de Dios en su pueblo sufrido.

La V Conferencia del Episcopado Latinoamericano realizada recientemente en Aparecida, es un llamado a fortalecer desde la inserción nuestra condición de discípulos y discípulas, misioneros y misioneras, para que en Jesucristo, nuestros pueblos tengan vida. Un número especial de nuestra revista será dedicado a todas las propuestas e iniciativas de esta V Conferencia, sobretodo las relativas a

la Vida Religiosa, a fin de que con la siempre desinteresada y adulta fidelidad creativa, la vida religiosa siga dando vida de la que ha recibido en abundancia.

Las distintas reflexiones que ofrece este número de nuestra revista no tienen intensidad diferente que la aquí expresada; porque el tiempo apremia y es necesario continuar escuchando la llamada a seguir encontrando que, en el camino, es Él, la verdad; es Él, la vida; es Él, el divino Jesucristo, Hijo eterno de Dios Padre, infundiendo en la Vida Religiosa del Continente su Espíritu para saber revitalizar todas sus acciones, todas sus obras, todas sus presencias, de manera que a imagen de la trinidad santa, nuestra diversidad exprese nuestra unidad en la comunión, la solidaridad y el compromiso con la misión de hacer presente el Reino.